

Lo salvaje

por Kavinsky

El bosque llamaba a Aurora.

Era una llamada insondable, que cruzaba el dominio de los árboles desde su mismo corazón hasta un pueblo olvidado en las entrañas de Irlanda, donde atravesaba pastos y campos arados y alcanzaba la última casa de la última calle, y subiendo por los rosales que trepaban por la fachada blanca llegaba hasta la cuna de la habitación pequeña.

Aurora escuchaba la llamada desde allí con los ojos grises imposiblemente grandes y permanecía callada, arrullada por el canto. La voz le era tan conocida como le era la de su madre, y cuando salía la luna, en lugar de dormir o llorar, Aurora giraba la cabecita en dirección a la ventana y buscaba unos árboles que todavía no estaban allí.

El bosque llamaba a Aurora. Sentía la llamada calándole la carne y los huesos hasta el tuétano, haciéndole correr la sangre. Su pulso era más intenso cuando se adentraba en el bosque con Connie, persiguiéndose la una a la otra para terminar atrapando o dejándose atrapar, y luego echando a volar de nuevo sin aliento y con las mejillas rojas.

Connie brillaba bajo el sol como una gema preciosa como si su cuerpo perteneciera a la luz, pero el canto del bosque se escuchaba con más fuerza a la sombra de los árboles.

El bosque llamaba a Aurora. Solo el escucharlo la volvía salvaje, ajena. La instaba a perder el sueño durante la noche y bostezar durante el día, a crecer larga y estrecha como un junco, espantosamente pálida y tan diferente a Connie; a nadar en el lago como un perro y a acechar a los conejos en la linde de los caminos.

Le gustaba correr muy rápido, rastrear animales y comer con unos dientes que empezaban a ser demasiado afilados. Su madre y Connie no la entendían —Aurora podía verlo en sus rostros delicadamente tensos cada vez que volvía del bosque con las rodillas manchadas de sangre y el día perdido— pero la amaban de todos modos.

Y eso era, en aquel instante y por el momento, suficiente.

El bosque llamaba a Aurora. Podía oírlo incluso a horcajadas sobre aquel chico, sus muslos temblando con el esfuerzo de mantener el cuerpo de él bajo control mientras lo estrangulaba.

Él intentaba zafarse golpeándola, arañándole los antebrazos y derramando sangre, pero hacía menos de cinco minutos había intentado tocarla bajo la ropa sin pedir permiso, así que Aurora no pensaba soltarlo hasta que dejase de respirar.

Desde que su piel había entrado en contacto con aquellos dedos sentía una extraña vulnerabilidad mezclada con vergüenza, que le sentó en el estómago igual que un trago de leche enmohecida y que espoleó la rabia con la que la inundaba la voz del bosque.

Tú eres más fuerte, susurraba a través del viento. El mundo es tuyo.

Cuando ya tenía la pelea ganada, y sin nada que aparentemente la instase a ello, Aurora pensó en Connie.

Sus dedos perdieron fuerza sin querer; el chico tomó una bocanada de aire desesperada y luego la empujó para levantarse y salir corriendo. Aurora, recordando los conejos que huían de ella en el campo porque todavía no sabían que no eran lo suficientemente rápidos para perderla, contuvo el impulso de perseguirlo como un perro salvaje y quebrarle el cuello con los colmillos.

Aquello —a pesar de la violencia que traían consigo los arañazos de los antebrazos y un labio partido limpiamente por la mitad— su madre y Connie sí lo entendieron.

El bosque llamaba a Aurora, y por lo que parecía no era la única que podía escucharlo.

Su abuela paterna se sentaba en el jardín delantero de su casita de piedra, rodeada de flores y plantas aromáticas, y con sus dedos de costurera desvestía la lavanda recogida en una cesta de mimbre, dejando caer los pétalos en un cuenco. A través de la puerta abierta Aurora podía oír a su madre guardar la compra de la semana en la cocina, ajena a todo lo que ocurría en el exterior.

—No perteneces a este lugar —le dijo su abuela de pronto, durante los minutos que estuvieron a solas, con una calma que a Aurora le puso los pelos de punta—. ¿Cuándo vas a marcharte?

Aunque estaba casi segura de que no se refería a eso, preguntó:

—¿A casa?

—Sí, por qué no —rió la anciana—. A casa.

Aurora tuvo la sensación de que hacían una broma a su costa, pero no fue capaz de entenderla. Con la voz queda, respondió:

—Cuando vuelva mi madre.

La anciana la miró a los ojos, pero no se detuvo en su tarea.

—No —dijo simplemente—. Allá donde vas, a Hannah no se le permite el paso.

El bosque llamaba a Aurora, y a veces lo hacía con tanto anhelo que la llenaba de una soledad infinita.

Pero en presencia de Connie el canto dolía menos.

Durante el día, escondida en su habitación como un animal en su madriguera —aquella habitación que conocía tan bien como la suya, después de pasarse sus casi quince veranos trepando el árbol bajo la ventana para colarse allí con ella— apenas oía los árboles, ocupada en escuchar la risa de Connie y mirar las ondas oscuras que se le formaban junto a las comisuras de la boca al sonreír.

Durante la noche, cuando Connie dormía a pierna suelta en una cama que empezaba a quedarse pequeña para las dos, Aurora se dejaba bañar por la luz de luna en el alféizar de la ventana y miraba con atención rapaz cómo la primera línea de árboles del bosque se aproximaba de manera inexorable.

Venían con la bruma, una blancura espesa que se tragó los pastos y los caminos del pueblo, y que al tocar el árbol por el que Aurora había trepado, el árbol bajo la ventana de Connie, lo transformó en un árbol distinto.

Ven, decía el bosque. Ven a casa.

El bosque llamaba a Aurora, guiándola en la oscuridad. No veía por dónde pisaba ni podía sentir el suelo en los pies descalzos, pero sabía qué voz estaba siguiendo, y sabía a dónde se dirigía.

Despertó en el corazón del bosque, en un lugar tan recóndito que no pudo imaginarse las horas que había tenido que caminar para alcanzarlo. Aunque Aurora conocía aquel bosque como conocía la habitación de Connie, nunca antes había llegado ese rincón.

Había algo entre los árboles, algo que la observaba, y sombras blancas la acecharon mientras Aurora se ponía en pie. Ojos que refulgían en la oscuridad y pieles confundidas con la corteza blanquecina de los árboles y labios finos que al abrirse dejaban al descubierto bocas imposibles, mandíbulas cuajadas de demasiados dientes.

—Has venido —dijo una voz, y esta vez en lugar de escucharla en el pecho Aurora la oyó vibrar entre las hojas.

—Has llamado —respondió, observando la sombra. Una chispa de reconocimiento saltó nada más hacerlo, pero Aurora no consiguió recordar cómo ni por qué se conocían—.

¿Quién eres?

—¿Quién soy? —preguntó la voz—. Soy el bosque y soy tu madre. Una hija de la luna.

—Yo ya tengo una madre.

—No eres hija de esa mujer —contradijo el bosque—. Ella tuvo una hija que no eres tú, llamada Aurora.

—Yo soy Aurora —dijo ella.

—Te equivocas.

Las sombras se aproximaron hasta rodearla.

Aurora, por primera vez, tuvo miedo del bosque.

—Nos llevamos a Aurora mientras dormía —continuó la hija de la luna— y en su cuna te dejamos a ti. Has vivido entre humanos, pero no eres un animal hecho para la luz del sol y lo sabes. Es hora de que vuelvas a casa.

Zarzas venenosas envolvieron el corazón de Aurora, ahogando el llanto del bosque en sangre negra.

—¿Qué hicisteis con ella? —preguntó sin aliento—. ¿Con Aurora?

La boca exhibió sus miles de dientes y sonrió.

—Nos la comimos.

El bosque llamaba a Aurora, y ella no escuchaba la voz en su pecho sino a sus espaldas. Era una carrera entre los árboles, una más de las miles que había echado antes con Connie, pero Connie no estaba allí y aquello que iba a por ella no se contentaría con derribarla al suelo.

El bosque pareció seguirla durante días, jadeando como un lobo rabioso tras un perro, hasta que los valles cesaron y los pastos se consumieron y, de pronto, el pueblo estaba allí.

Un disparo resonó en medio del silencio de la noche.

El cuerpo de Aurora se sacudió por el sobresalto como si le hubiera alcanzado la carne. Hubo un segundo disparo y luego un tercero y después toda una retahíla que fue adormeciendo la voz del bosque con la fuerza atronadora de relámpagos; poco a poco,

el miedo que atenazaba el corazón de Aurora se desvaneció, y sus piernas dejaron de correr.

Su madre estaba allí, con la escopeta humeante entre las manos. La miraba con aquella expresión que había puesto tantas otras veces, esa cara de no entender el comportamiento de un animal salvaje.

—¿Qué te perseguía? —preguntó.

—El bosque. Mi madre.

—Yo soy tu madre.

—No —contestó Aurora, y repitió las palabras de la hija de la luna, de principio a fin sin saltarse una sola.

Su madre guardó silencio, los dedos agarrados firmemente alrededor del arma. Aurora se sintió, por primera vez, conejo en lugar de perro.

—No soy tu sangre —dijo, aguardando el despertar del cazador.

—Eres mía —replicó su madre; sus palabras eran al mismo tiempo el veredicto de un dios y la canción más humana.—. Y el bosque pagará por haber intentado llevarse a la segunda de mis hijas después de haberme robado a la primera.

El bosque llamaba a Aurora. Era un susurro cobarde, casi rencoroso, que resonaba algunas veces en los recovecos de su caja torácica como un eco olvidado.

No era difícil ignorarlo, pero entre los brazos de Connie era más complicado fingir que no lo escuchaba.

—A veces temo que vuelvan —confesó por fin, con los labios de Connie pegados a su sien pero conectados a su pecho, como si en realidad le estuviera besando el corazón—.

Temo que las hijas de la luna vuelvan a buscarme.

—Que lo intenten —dijo ella, luz de sol divina y dorada, acariciándole la mejilla en cuya blancura empezaba a asomarse un enjambre de pecas—. Tú ya no perteneces a la noche, y el bosque jamás podrá llevarte.

El bosque llamaba Aurora, suplicando, recordándole lo salvaje de sus entrañas.

Pero Aurora no había olvidado, y lo salvaje no estaba solo bajo el amparo de la luna.